

ÉDER ÉLBER FABIÁN PÉREZ*

Cuentos para leer de un paso

Otro tiempo

“No tengo mucho tiempo, seré lo más breve que pueda. Ellos saben mi ubicación y otros han decidido dar su vida a cambio de estos segundos. Por favor ¡No confíen ni en sus palabras ni en sus actos! Todo es parte de una estrategia para descubrir nuestras debilidades; tampoco sean amables con ellos, ese fue nuestro error. Tienen la apariencia de niños, pero son demonios que buscan obtener nuestra carne para alimentar a sus crías. Existe una forma de vencerlos, aunque para nosotros ya es demasiado tarde, ellos no mueren como nosotros; sino que...”

–Si el mensaje hubiera llegado a tiempo –les dijo el hombre a sus compañeros– Tal vez hubiéramos tenido alguna oportunidad, hoy todo está perdido.

Tercer lugar de la
Convocatoria de
Cuento Breve 2025

En menos de treinta segundos

Cada uno de los neo-organismos había cumplido con su objetivo excepto él, por ello resultaba para la industria: “Un ejemplar que debía ser puesto en el depósito inmediatamente”. Sin embargo, su creador tuvo fe en que algún día lograría su cometido. La cacería duró siglos, los suficientes para que el padre fuera alcanzado por la muerte. Esto hizo que los nuevos modelos pudieran capturar al sobreviviente enviándolo al centro de deshechos.

Fuentes Humanísticas > Año 37 > Número 71 > II Semestre > julio-diciembre 2025 > pp. 151-155 >
ISSN 0188-8900 > eISSN 2007 5618.
Fecha de recepción 09-10-2025 >

*Universidad Autónoma Metropolitana, México.

Fuentes Humanísticas está bajo la licencia creative commons Atribución-No comercial-Compartir Igual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0)

Los segundos se le agotaban, a punto de dejar de funcionar uno tras otro los recuerdos se le agolparon. Lo extraño de todo es que en la última imagen conoció su verdadero propósito. El modelo O-01327 se rehusó a aceptarlo, pero ya era tarde. En ese instante su mecanismo se apagó y con él todo vestigio de la humanidad.

La despedida

El doctor le juró al hombre que cualquier cosa que él deseara la obtendría al instante. El proceso era sencillo, debía colocarse el aparato y, posteriormente, tendría que ser programado con los detalles que el sujeto le había otorgado. Luego de algunos segundos las fantasías comenzaron.

Y ahí estaba, después de treinta años de haberle dicho adiós, al fin se reencontraba con su esposa. Se abrazaron, conversaron y al final se amaron, todo iba a la perfección hasta que él le dijo: –Fue grato verte de nuevo, pero es tiempo que ambos regresemos al hospital–. Fue así como la mujer despertó del coma sólo para enterarse que su esposo había fallecido segundos atrás.

El juramento

Les prometió que estaría con ellos siempre, aunque en un par de meses abandonaría la mansión para irse con John. Cada mañana tomaba a los niños de la mano y los conducía directo al comedor donde se encontrarían con la señora Aldrich y Sir Thomas Schiller. Acabado el desayuno su obligación era llevarlos directo al colegio, esta era una constante que le llevó casi diez años de su vida; sin embargo, la ilusión de abandonar esa rutina y construir un futuro con su novio era lo que la mantenía perseverante.

Al regresar del colegio se detuvo y miró un letrero que antes no había visto: “A la memoria de mis queridos hijos Leonard y Stefan, nuestros corazones se reunirán con ustedes algún día. Con amor la Sra. y el Sr. Schiller”. La mujer corrió para dar cuenta de la situación a sus patrones; sin embargo, justo en la entrada principal la esperaban los niños quienes, aferrándose a su mano, le dijeron: “¿Acaso no lo recuerdas? Juraste acompañarnos por toda la eternidad”.

“Cuando San Roque vuelve la espalda, el tiempo cambia”

A menos de un centímetro que la bala se le incrustara en el pecho, José María le rogó al Santo que intercediera por él. Le juró que ya no haría mal a nadie y que entregaría su vida a socorrer a otros. Entonces un estruendo iluminó el cielo: eran los niños que tiraban cohetes. José abrió los ojos y supo que el milagro se había cumplido. El hombre donó parte de su dinero a los pobres y el resto lo cedió a la iglesia, así al paso de los años José María se fue quedando sin nada.

Su salud se deterioró tras contraer una enfermedad que acabó con su piel. Perdió todos sus dientes y, de un momento a otro, fue rechazado por todos aquellos a los que había ayudado. Maldijo su suerte, pensando que habría sido mejor morir cuando pudo antes que padecer todo esto. En ese instante sintió como la sangre le salía por el pecho y la vida se le escapaba. Lo último que escuchó fueron las palabras de su asesino murmurándole al oído: “Sólo tenías que esperar un poco pa’ que Dios te retribuyera, pero ya lo dice el dicho...”

Intemporalidades I (Un día para no olvidar)

Fue cuando estaba por terminarse la botella de mezcal que el general Huerta recibió el telegrama que cambiaría el destino de la nación:

Estimado presidente, cuenta usted con nuestro apoyo para derrocar al gobierno tiránico que ha violentado la tranquilidad de su país. Por ello, y como un lazo de hermandad entre nuestras naciones, tomamos la decisión de enviar a nuestras fuerzas militares con el objetivo de finalizar esta guerra, esto a cambio de que usted nos conceda la solicitud de entrada hacia territorio norteamericano.

De este modo, el general Victoriano Huerta pudo derrocar a sus enemigos, quedando en la historia mundial como una efigie de coraje y valentía... Esta era la anécdota que el general le dictaba a uno de sus hombres antes de morir; sin embargo, a punto de concluir fue interrumpido por un soldado que gritaba: “¡General! ¡General! ¡Ya despiértese General Huerta! ¡Están a punto de llegar los Villistas a la cantina y nos van a dar en la madre!”

Encuentro sádico

Bajo por tu cuello y me detengo un momento para examinarlo. Nunca lo había visto así, tan blanco y delgado. Si me detengo un instante veo como la sangre fluye, pero ese no es mi sitio. Ahora acaricio tu pecho que se inflama y logra hacerme sudar, pero ese tampoco es mi lugar. Más abajo, entre tu vientre encuentro ese punto donde puedo aferrarme, dejando mi marca para siempre, pero me has apartado de ahí cayendo entre tus muslos que me calientan y me estremecen. Justo en el momento en que mi boca se unirá a tu carne, me lanzas de la cama al suelo, obligándome a buscar otro sitio donde alimentarme antes que muera aplastado por la suela de tu zapato.

Dentro de la oscuridad

No sé cuántas noches llevo sin poder dormir, pero todo está bien, no he vuelto a ver a la bestia. Desde que la vigilo, en este extremo de la recámara, ella no ha conseguido llegar a mí. La última noche estuvo a punto de arrancarme un pedazo de piel (aún mantengo las marcas del ataque) pero hoy he trazado un plan para destruirla.

Primero debo saber si todavía sigue ahí, y como lo suponía, aún se encuentra en el mismo sitio. Ahora debo bajar con cuidado las escaleras y cerrar cada una de las puertas. Hasta el momento todo va bien, la he escuchado chillar y rasgar la puerta donde la encerré, solo queda encender el cerillo y quemar la casa para librarme de ella.

Por cierto, quiero dejar en claro un asunto muy importante. Que no se culpe a nadie de mi muerte, tuve necesidad de hacerlo para que este monstruo no saliera de la casa y acabara con todos. Pueden considerarme un desquiciado si así lo desean, pero tengo la certeza que he impedido una masacre a costa de mi propia vida.

Fragmento eliminado de la segunda carta de relación

...Y también esa misma noche, aquella gente entró donde yo y mis hombres reposábamos. Tomáronles de pies y manos y dejáronles marcados el pecho y a otros pusiéronles muchos martirios con los que acabaron con sus vidas. Vi todo y con harta fatiga trujé a los últimos hombres a combatir en nombre del Señor y en el suyo, mas esta gente salvaje apresó nuestros cuerpos y quemaron nuestras naos y allí en tierra firme quebráronle la cabeza a unos y a los otros marcáronles el cuerpo con fuego. Suplico a V. A., perdone

las descripciones de esta desdichada aventura, mas atado de manos y pies no podía hacer frente a estos desdichados quienes poseídos por algún demonio, de esos que ellos guardan ofrendas y sacrificios, mostráronse orgullosos de sus actos; mientras yo así amortecido olía la carne de mis compañeros... Juró a V. A. que ese mal sueño no me ha dejado yantar ni dormir y menos esta noche que huelo la carne de niños y mujeres consumidos por el fuego. Suplico humildemente a V. A. que pida a la Santísima Trinidad para que pueda recuperarme de tan mal sueño y continúe con mis labores. 1520, Hernán Cortés.

